

Homilías Domingo 16 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Y Marta se multiplicaba para dar abasto con el servicio; hasta que se paró y dijo: Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con el servicio? Dile que me eche una mano. Pero el Señor le contestó: Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas; sólo una es necesaria,. María ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Érase una vez un padre de familia que intentaba leer el periódico después de un largo día de trabajo. A cada instante era importunado por sus hijos. Uno le pedía dinero para ir a comprarse un helado. Otro se le acercaba llorando, se había hecho daño en el pie y quería que un beso lo curara. El mayor le pedía que le ayudara a resolver un problema de matemáticas. Finalmente el más pequeño entró corriendo en la sala en busca del buen padre. Éste le preguntó cansado: "¿y tú qué quieres?" El pequeño le contestó: "Papá, yo no quiero nada. Sólo quiero que me cojas en tus brazos".

Marta y María, trabajo y oración, lucha y contemplación, tierra y cielo, el trabajo en la fábrica y el descanso en la iglesia, los hombres y Dios.

Nuestra vida es como una gran tela de araña tejida con muchos hilos y cada hilo es necesario e importante.

El evangelio de hoy nos recuerda que todo es importante pero cuando estamos con Jesús, Él es el más importante y sólo una cosa es necesaria, escucharle y caer en sus brazos.

Supongamos que Dios, nuestro Padre, nos preguntara hoy: "¿Y tú que quieres?".

Me imagino que se sorprendería muchísimo si nuestra respuesta fuera como la del niño pequeño: "No quiero nada. Sólo quiero que me cojas en tus brazos, disfrutar de tu compañía, estar contigo".

El domingo es el día en que practicamos esta lección del Señor: "Una sola cosa es necesaria". Cualquiera que escoge esto, escoge la mejor parte.

Los que desprecian las cosas del espíritu viven la desunión interior, viven en la dimensión temporal, cerrados a la trascendencia.

A los que les gusta la juerga y los juegos, difícilmente serán criticados; a los que les gustan las cosas de Dios están expuestos a la crítica y, a veces, a la burla.

Marta criticó a María e incluso se quejó al Señor que no le decía nada.

"Una sola cosa es necesaria", le contestó a Marta. El corazón humano de Jesús tenía hambre de amor y no de la cena de siete platos que Marta le estaba preparando.

Si no somos alimentados con el plato del amor nunca seremos felices.

Jesús vino a ofrecernos su amor y la Buena Noticia de la salvación y Marta estaba afanándose en la cocina.

Jesús no le dijo a Marta que le hubiera desatendido, dijo simplemente que María le había ofrecido el mejor regalo.

Dios nos llama a amarle y a servirle. Nuestro amor se expresa en la oración. La oración es la hospitalidad para con Dios. Le escuchamos y le hablamos. Jesús nos mandó orar siempre; nunca nos dijo que trabajáramos siempre.

"Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados y os daré el descanso".

No estamos en la iglesia para cumplir con una pesada obligación sino para descansar en la presencia del Señor.

Necesitamos muchas cosas pero sólo unas pocas son necesarias y una sola cosa es absolutamente necesaria conocer, amar y servir a Dios nuestro Padre.

Hay un tiempo para trabajar y un tiempo para orar.

Hay un tiempo para olvidar y un tiempo para recordar.

Hay días laborables y hay domingos. El domingo es el día en que cada cristiano da hospedaje a Dios y escucha a Jesucristo

(B)

El relato de la primera lectura del Génesis no necesita comentarios, rezuma humanidad, un exquisito espíritu de acogida, de hospitalidad...

En el Evangelio, Jesús, acepta gozoso la cálida hospitalidad de los amigos de Betania. Le reconforta compartir con ellos sentimientos y mesa...

Cuando practicamos la hospitalidad en la persona de aquellos a

los que abrimos nuestros brazos y nuestra casa, acogemos al mismo Cristo...

La hospitalidad es una cualidad que nunca se aprende en los libros. Es una actitud interior que lleva a abrirse y a compartir las cosas... Pertenece al misterio de quien es verdaderamente hombre o mujer...

Para reencontrar la auténtica hospitalidad debemos observar a los pobres. Me decía una vez un misionero: en el Norte de África, el pobre te invita a su mísera barraca hecha de barro, de palos y cartón y no cesa de repetir: ¡Mi casa es tu casa! Ven y bebe un poco de té. Ven a comer. Y, si se hace de noche, no te dejará marchar. Tendrás que quedarte a dormir. Para ti extenderá en el suelo sus mejores esteras, y Dios sabe dónde irá él a dormir. Después, cuando ese hombre venga a Europa o a España, encontrará en nuestras fronteras un cartel: ¡Prohibido la entrada a los africanos!...

Ser hospitalario significa ofrecer el corazón, la casa y lo que tengas...

“Haz de tu casa un lugar permanente de acogida, decía la Madre Teresa, haz de tu hogar un lugar de perdón y de paz. Invita a tu mesa. El espíritu resaltará más en la sencillez que en la abundancia de alimentos”.

Lo importante es el calor de la acogida y la exquisitez en la relación, no la abundancia de manjares ni lo lujoso y confortable de la casa. Esto es lo que parece tenía agitada a Marta que no quería que le faltara detalle al Maestro y a su grupo.

Pero el Maestro le viene a decir que ¡muy bien su preocupación, la buena voluntad con la que hace las tareas para tenerlo todo pronto!, pero que para él lo más importante es el encuentro, el gozo de la presencia de los amigos. Le dice a la hacendosa Marta que María, sentada a sus pies conversando con él, ha acertado con lo que a él más le gusta.

“Sabed que siempre que vengáis a Roma encontraréis un amigo que os espera con una habitación con la luz encendida y un pan fresco en la mesa” (dijo Juan XXIII a sus feligreses de Venecia

cuando fue elegido Papa). Las formas, ciertamente, cambian, pero la hospitalidad seguirá siempre vigente.

Hay mil formas de practicar la hospitalidad: Yo he estado reunido en pisos que los dueños de ellos, habían acomodado para acoger en ellos a grupos cristianos. He conocido algunas familias de parroquias que tienen una casa en la playa o en el monte... y que es la casa de todos, la casa del pueblo: para reunirse, para celebrar una convivencia... Y sobre todo para dejársela a personas o parejas pobres que necesitan descansar o no tienen recursos económicos para ello...

¡Qué gozosas son las molestias que ocasionan la aglomeración de personas en las casas y en los pisos con motivo de acontecimientos familiares, de visitas, de encuentros..! Donde caben dos caben tres y donde comen dos comen tres, como afirma el dicho. Las molestias quedan sobradamente compensadas por la alegría de la convivencia, de estar unidos y reunidos.

“El pan compartido sabe mejor”, dice un proverbio. Lo mismo habría que decir de la comida compartida, que, aunque sea más escasa, sabe mejor, y las habitaciones, que aunque sean más incómodas son más reconfortantes...

(C)

La misa de cada domingo tendría que ser como un remanso de paz y serenidad, fuera de los agobios y ajetresos de la semana. Pero a veces traemos a la misa nuestras prisas y agobios y no nos libramos de nuestras preocupaciones de fuera. Hay personas que llegan tarde a la misa porque tienen mucho que hacer.

Demasiada gente tiene siempre mucho que hacer. Hay personas que no rezan, no leen el evangelio, no meditan sobre su vida, no asisten a reuniones parroquiales o no participan en tareas de su comunidad porque tienen mucho que hacer. Quizás estén ahogando su vida cristiana y se vayan embruteciendo día a día; quizás sean cada día un poco más egoístas o más orgullosas o

más insolidarias, pero no se dan cuenta porque no sacan ni "un rato de tiempo para mirar su vida por dentro". Quizás es que rezar, leer el evangelio, meditar o cultivar la vida cristiana les parece perder el tiempo o malgastarlo en cosas de poca importancia. Sería necesario hacer una buena lista de prioridades.

Frente a las prisas y agobios que pueden producir infarto, los cristianos estamos llamados también a serenarnos, a disfrutar de la paz del corazón, a sacar tiempo para sentir la cercanía y el cariño de nuestro Dios. No recordamos ahora estas cosas porque estemos en tiempo de vacaciones o porque sea bueno para nuestra salud corporal. Es que el evangelio de este domingo nos ofrece algunas enseñanzas sobre esto.

Empieza el evangelio diciendo que «Jesús entró en una aldea, y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa». Sabemos que esta casa era también la casa de María y de Lázaro. Eran tres hermanos en los que Jesús encontraba acogida, cariño y hospitalidad. La presencia de Jesús con sus discípulos debió de producir un revuelo considerable en aquella casa. No sería una tarea fácil preparar algo de comer para tantas personas. Cabe pensar en los muchos detalles de la hospitalidad oriental con los que se pretendía hacer agradable la estancia de la persona invitada. La primera lectura contaba los detalles preciosos de la hospitalidad de Abrahán con Dios mismo. El evangelio dice que «Marta estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio». Podemos pensar que Marta pretendía hacer agradable la estancia de Jesús en su casa. Pero en el agobio de esta mujer nosotros podemos ver a muchas personas que siempre tienen prisa, con tareas urgentes por hacer y sin tiempo para otras cosas. Quizás en nosotros reconozcamos alguno de estos rasgos. Por el contrario, el evangelio también cuenta que María, la hermana de Marta, estaba sentada tranquilamente a los pies de Jesús, escuchando sus palabras. Estaba disfrutando de la presencia de Jesús. Podemos imaginarla también embelesada, feliz, tranquila, sin perder un detalle, disfrutando de cada gesto y

de cada palabra de Jesús. Al final, Jesús sentenció que esta mujer había elegido lo mejor, como diciéndonos a todos que también es bueno gozar escuchando y contemplando al Señor, y no sólo andar preocupados por trabajar y hacer muchas cosas. Seguramente hay personas que tienen dificultad para comprender esta forma de pensar porque creen que estamos en la vida para trabajar y producir. Nosotros sabemos que necesitamos también el tiempo de gozar de la presencia y el cariño de Dios, sin prisas ni agobios, con paz en el corazón. Puede ser la simple experiencia de sentirnos ante el Señor, sin pensar ni decir nada, disfrutando de su cercanía y su cariño, sintiendo que amamos a Dios y, sobre todo, que él también nos quiere. La vida cristiana no es sólo un esfuerzo duro y tedioso. También es ponemos delante de Dios a disfrutar de su presencia y su cariño.

(D)

Vivimos en un mundo nada hospitalario, en el que cualquier motivo nos parece bueno para levantar barreras entre nosotros. Estamos dispuestos a colaborar con los demás con cualquiera cosa, incluso con dinero; menos con lo principal: la atención personal, la compañía, la hospitalidad.

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús que es bien recibido por Marta y María en una aldea.

Jesús es recibido con cariño, y se le atiende y se le escucha. Es recibido como una persona humana querida.

En nuestra sociedad en la que todo se compra y se vende y todo tiene un precio, nos parece extraño encontrar personas que saben acoger, recibir a otros sin esperar nada a cambio. Nos parece que la hospitalidad es una virtud fuera de servicio, pasada de moda.

Sin embargo, todos necesitamos ser acogidos y todos debemos acoger con cariño a los demás.

La hospitalidad cristiana es algo más que acoger a alguien. Es acoger a un hermano reconociendo en él, al mismo Jesús. Acoger al hermano es compartir con él, compartir el pan, el cariño y la palabra.

Nos lo acaba de decir la primera lectura:

"Lo primero para vivir es agua, pan y vestido ... y un techo para cobijarse ... El rico se afana por juntar riquezas, sin disfrutar nunca de una buena amistad".

Lo hemos escuchado mil veces, pero aún no acabamos de entender este modo de ver la vida que nos ha sido transmitido con gran sabiduría, desde los tiempos más antiguos.

Lo importante es la vida sencilla, la amistad, el compañerismo, la hospitalidad.

El tender los brazos hacia los demás, el abrir las manos a todos es lo que nos hace ser felices.

También, desde luego, el saber aceptar la invitación de los demás, el dejarnos acoger, el aceptar el cariño, la ayuda y la hospitalidad de los otros.

¡Cuántas veces vivimos tristes, solos y amargados por no saber repartir y compartir lo poco que tenemos!

¡Cuántas veces estamos tristes, solos y amargados, por no querer aceptar lo poco que nos ofrecen los demás con cariño!

La enseñanza es clara:

Si queremos vivir felices, ya conocemos el camino.

- No debemos encerrarnos dentro de nosotros mismos y con nuestras cosas.

- Debemos salir hacia los demás.

- Debemos acoger y compartir con el necesitado.

- Debemos dejarnos acoger por el que nos da cariño, su vida y todo.

Si queremos ser felices, debemos compartir nuestras vidas, nuestro cariño y nuestras cosas".

(E)

Los cristianos decimos que Jesús es el Maestro que nos enseña y que sus enseñanzas -recogidas en el Evangelio- debemos tenerlas siempre presentes en nuestra vida y deben ser para nosotros la NORMA de nuestra conducta.

¿Cuáles son las enseñanzas de Jesús en este domingo?

La Primera Enseñanza es la *valoración de la amistad*.

Jesús era muy amigo de aquella familia, formada por tres jóvenes: Marta, María y Lázaro.

Y siempre que tenía ocasión gozaba de aquella buena amistad, disfrutando de su compañía y quedándose en su casa.

La Biblia nos dice: "El que tiene un amigo, tiene un tesoro".

Pero ¡qué difícil es tener amigos de verdad! Desgraciadamente, con los dedos de una mano se pueden contar los amigos verdaderos.

Y sin embargo, ¡qué necesaria es la amistad, pero qué difícil la hacemos las personas!

La segunda enseñanza de este evangelio es *la hospitalidad, la acogida*, con que aquella familia recibió a Jesús.

Marta, la hermana mayor, como tantas mujeres sacrificadas que todos conocemos, pone todo su esfuerzo e interés en acoger bien a sus invitados: A Jesús y a los apóstoles.

Aprendamos a valorar y a practicar la hospitalidad y la acogida, con espíritu de amistad, de servicio, de generosidad.

Y una tercera enseñanza de este evangelio *es saber escuchar*.

Si Marta es un ejemplo de buena acogida y de hospitalidad al amigo que llega, María su hermana, es ejemplo de SABER ESCUCHAR: Escuchar a Jesús, que habla y nos enseña.

Los cristianos tenemos que ser una mezcla de Marta y de María: CONTEMPLATIVOS, REFLEXIVOS: Porque la fe necesita de Dios y de su Palabra.

ACTIVOS: Porque la fe es un compromiso con los demás.

y debemos rehuir de los extremos: ni ser tan contemplativos que nunca hagamos nada por los demás, ni ser tan activos que nunca tengamos tiempo para la reflexión.

(F)

Resulta simpática esta página del Evangelio de Lucas. Marta y María y Jesús. La una metida en la cocina sin enterarse de lo que pasa en la sala de estar. Mientras tanto, María, se olvida de los pucheros y prefiere sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra.

Es bueno el “servir” que es el oficio de Marta. Pero mucho mejor es el oficio de María: “estar con” y “escuchar”. Nadie dudaría de que, si llegado el mediodía, no hay almuerzo preparado, todos se hubiesen quejado. Pero también es cierto que, tener un invitado en casa y dejarlo solo viendo televisión, por causa de los pucheros, tampoco resulta demasiado elegante.

En la vida se necesitan las dos cosas. Se necesita el servicio de la cocina y se necesita el acompañamiento del que está con nosotros. Se necesita trabajar para ganarse el pan de cada día y se necesita de un tiempo para encontrarnos como personas. Aquí Lucas no plantea en modo alguno la primacía de lo contemplativo sobre la vida activa, sino más bien, lo que es y debe ser esencial en la relación de las personas.

“Sentada ...”

Cuando se trata de escuchar a alguien no valen las prisas.

Sólo se escucha bien cuando uno está tranquilo y no mirando al reloj.

Sólo se escucha bien sentados, señal de que tengo todo el tiempo para ti.

Sólo se escucha bien cuando el otro se siente cómodo porque sabe que no nos está quitando nuestro tiempo.

Una de las condiciones para hablar y escucharnos es que tú y yo nos sintamos a gusto, sintiendo que tú eres importante para mí y yo soy importante para ti.

Estar con Jesús

“Estar con Jesús” para escucharle. Quien no tiene tiempo para “escucharle a El” nunca llegará a intimar con El ni nunca llegará a compartir sus sentimientos. Por algo Pablo pide a la comunidad cristiana “sentid en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús”.

Estar con El, escucharle, disponer de tiempo suficiente para prestarle nuestra atención es el primer paso para interiorizar y profundizar en la relación espiritual y de fe con Jesús. De lo contrario, nuestra relación con El será siempre una relación de segunda mano, escuchando lo que otros han sentido y experimentado. Y la verdadera fe sólo es posible cuando uno mismo hace la experiencia de El como persona.

Es una pena cuando el creyente dice que no tiene tiempo para regalarse un rato de silencio para escuchar a Dios en su corazón. No tener tiempo para escuchar a Dios significa que muchas otras cosas son mucho más importantes y que a Dios lo reducimos a una especie de Post Data: “si tenemos tiempo”. Por eso también nuestra fe suele ser casi siempre de segunda mano.

Creemos por lo que otros han sentido y experimentado.

Creemos por lo que otros dicen de El.

Pero no creemos “porque nosotros mismos lo hemos visto y le hemos oído y escuchado”.

“Estar como pareja”

También la pareja necesita comer. También los hijos necesitan comer. Con el estómago vacío pareciera que también el amor languidece. Gregorio Marañón decía en uno de sus libros que, el éxito del matrimonio entre los vascos, estaba en que las mujeres conocían muy bien los gustos culinarios y los estómagos de sus maridos.

Yo no sé si la cocina será suficiente para mantener la alegría y el gozo de la pareja. De lo que sí estoy convencido es que cada uno de ellos necesita de la presencia y la compañía del otro y que el otro tenga tiempo para regalarle cada día.

Uno de los problemas hoy de la pareja es que no tienen tiempo para ellos mismos. El trabajo, y el ganar unos dinerillos más, les absorben todo el tiempo. Y el tiempo que disponen es un “tiempo de cansados y fatigados”, por tanto un “tiempo de aburrimiento”, pero en manera alguna un “tiempo de relación, de escucha y relajación”.

Amar es saber escuchar.

Amar tener tiempo para estar a tu lado.

Amar es tener tiempo para prestarte atención.

Amar es tener tiempo para decirte que tú eres ahora lo más importante.

Amar es tener tiempo para ti.

Amar es tener tiempo para hacerte sentir que escucharte es importante para mí.

Amar es tener tiempo para compartir juntos nuestros sentimientos, nuestras alegrías, nuestras penas y preocupaciones.

Estar como padres

Tampoco solemos tener tiempo para escuchar a los hijos.

Porque también los hijos quieren sentir que ellos son importantes.

Porque también los hijos quieren sentir que alguien les escucha.

Porque también los hijos necesitan sentir que son algo más que consumidores de “loncheras” o de comida.

También ellos quieren decirnos algo y manifestarnos sus sentimientos.

Y cuando nadie les escucha es que nadie les da importancia.

¿No será por eso que prefieren la calle, porque allí sus amigos sí les escuchan?

En la vida humana y espiritual se necesitan Martas que huelan a pucheros.

Pero también se necesitan Marías que prefieren dedicar su tiempo a escuchar a los demás. ¿Cuánto tiempo disponemos para “estar con” y para “escuchar al otro”?

P. Juan Jáuregui Castelo